

CORAZÓN DE REMOLACHA

El camino de gravilla era angosto y se sentía húmedo al pisar. Esto se podía evidenciar por el ruido sordo y seco al posar el zapato sobre el suelo. Al borde del camino se podía apreciar el reciente pasto verde, que aparecía ya con mucho vigor en primavera, alimentado por las lluvias y la luz solar. Un poco más allá, la vista se recreaba divisando los árboles en su máximo esplendor, privilegiados por un crecimiento natural en su variado diseño original. Hasta ese momento no habían sido intervenidos. Eso sí, a simple vista se podía apreciar las diferentes tonalidades que representaban a una diversidad que aportaba, sin duda, a enriquecer la flora del lugar.

Aún quedaban *margaritas silvestres*, bellas en su vestimenta de color blanco y centro amarillo; también reinaba el infaltable *diente de león*, muy pocas veces bien ponderado, ya que, para algunos esta planta es considerada una maleza. En fin, este paisaje majestuoso y a su vez virtuoso en su calidad terapéutica, había vuelto a ser apreciado como paseo recurrente en la estación del amor: la primavera. Los corazones de las personas se habían sacudido el frío del invierno. Los colores neutros daban paso a una gama de tonalidades que adoptaba gustoso en su paleta, el pintor que se nutría del exquisito paisaje, que transfería a la tela de su bastidor.

Más allá, en el primer recodo, ya se podía apreciar un río de aguas limpias y calmadas. A pesar de ser caudaloso en su estructura, se veía apacible. Invitaba a

la contemplación. Muchas personas iban allí a meditar por largas horas y se sentaban a la orilla del río. Cada cierto tramo, habían sido instalados cómodos asientos, especialmente bien ubicados a la sombra de un árbol. Diferentes especies que albergaban también una diversidad de insectos y avcillas, propios del lugar, se acoplaban al entorno.

Quizás, para las personas que ya estaban habituadas al paisaje, no les llamaba tanto la atención un enorme Sauce, que bañaba sus largos brazos en el río, pero sí se habían percatado de un cuervo, que generalmente se posaba solo en ese árbol. Esta ave rapaz en realidad acarreaba por sí mismo, la mala fama que le habían asignado a su especie: la de ladrón. Se especulaba que había sido este pájaro, en particular, el que se había llevado las manecillas que marcaban las horas del reloj de la *plaza mayor*, justo antes de que se anunciara a través de las doce campanadas, la llegada del nuevo año; y que las había escondido en algún orificio de dicho árbol.

En todo caso, lo más probable es que esta ave, haya descubierto algo diferente en este precioso Sauce, que se movía armoniosamente al compás del viento, emitiendo una suave melodía. Porque eso sí, se podía percibir algo así como un murmullo. Lo habían relatado varias personas que también lo tenían como lugar preferido, al momento de descansar a su sombra, en la ribera del río.

Cierto día esta melodía comenzó a cambiar. Ya no tenía una connotación alegre, sino más bien triste. Desde que habían cortado el árbol contiguo, con el cual el

Sauce mantenía una estrecha relación, entrelazando sus raíces; ya no era el mismo. De hecho, sus ramas se notaban más caídas y se dejaban arrastrar por el viento, de un lado para otro.

El cuervo, que ya había hecho de este árbol su hogar, comenzó a preocuparse por el cambio de actitud del que consideraba más que su guarida, su amigo. Él podía percibir que este árbol estaba pasando por un estado de angustia.

- Si tan solo pudiera averiguar lo que el árbol siente. - pensaba el pájaro.

Como el cuervo era un ave inteligente se propuso ayudarlo. Al otro lado del río, todos los fines de semana, se instalaba una feria orgánica, vegana. Esperó pacientemente a que llegara el sábado, y se dirigió raudamente al recinto donde ya a esas horas de la mañana, estaban instalados varios feriantes. Desde lo alto de un farol, buscó y repasó con la vista todos los puntos, hasta encontrar lo que necesitaba: un puesto de remolachas. Dulces y rojas como la sangre caliente de su cuerpo. Ahuecando las alas se lanzó al vacío, y en raudo y vertiginoso vuelo cogió del tallo, una que tenía forma de corazón. Voló de vuelta al árbol y la introdujo justamente donde antes había escondido las manecillas del reloj. Ahora, pensó, me ocuparé de armar una tormenta perfecta. Cómo el cuervo es considerado un pájaro de mal agüero, pronto comenzó a cantar esta canción:

- Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva, los pajaritos cantan...-

El cuervo siguió cantando hasta que la lluvia comenzó. Pronto las nubes empezaron a chocar entre sí y a producir enormes truenos, además de relámpagos y rayos. El

4)

NOA

cuervo se puso tan contento, que comenzó a volar en círculos alrededor del árbol, y en esos momentos un rayo cayó justo en el agujero del Sauce, incrustando las manecillas del reloj en la remolacha, y de ésta, comenzó a fluir el zumo rojo como la sangre por las vetas del árbol, y el corazón de remolacha comenzó a latir acompasadamente, como un reloj.

Pobre cuervo, había perdido algunas plumas, especialmente de la cola, arrancando del rayo. Aún así estaba contento, porque había logrado en gran parte cumplir su sueño: poder ayudar al árbol.

Una vez hubo amainado la tormenta, la calma se hizo notar y el cuervo sintió que el árbol emitía nuevamente una agradable melodía. A través de la vibración de las hojas, el Sauce se complacía en comunicar no solamente al cuervo, sino a todos sus amigos que, al poseer un corazón, podía sentir como los humanos. Ahora él podría expresar a cabalidad, tanto su enojo como su alegría, y que en realidad había estado triste, porque las personas pensaban que él como no tenía corazón, era un ser indolente, y que, además, de ahora en adelante, lo respetarían como él se merecía.

NOA

